

FILOSOFÍA POLÍTICA Y BIBLIOTECONOMÍA EN LA OBRA DE GABRIEL NAUDÉ*

Carlos Gómez

I.E.S. Les Marines en Castelldefels (Barcelona)

La pertenencia de Gabriel Naudé (1600-1653) al movimiento del libertinismo erudito de la primera mitad del siglo XVII es un hecho unánimemente aceptado tras la publicación en 1943 de la clásica obra de René Pintard *Le libertinage érudit dans la première moitié du XVIIe. siècle*¹. En efecto, el bibliotecario de Richelieu y Mazarino y secretario del cardenal Di Bagni, Gabriel Naudé, junto con Diodati, Gassendi y La Mothe le Vayer, forma parte destacada de lo que Pintard denominó la *tétrade libertine*. Desde entonces, la tarea de crítica histórica y erudita a la tradición filosófica, moral y religiosa de Naudé ha sido examinada en no pocos trabajos historiográficos.

Sin embargo, una de las tesis fundamentales sostenidas por Pintard en la obra mencionada ha sido severamente contestada por una buena parte de la historiografía reciente²: si Pintard concluía su estudio con la apreciación de que el libertinismo erudito no fue más que un episodio aislado entre la escolástica aristotélica y el mecanicismo cartesiano³, hoy tiende a aceptarse la influencia de la crítica erudita y libertina en el nacimiento y desarrollo del pensamiento

* El presente trabajo reproduce, con pequeñas modificaciones, nuestra ponencia en el Coloquio Internacional de Filosofía: *Filosofía i Arxiu*, patrocinado por la UNESCO y la Universidad de Girona (Blanes-Girona, febrero de 1999).

¹ René Pintard, *Le libertinage érudit dans la première moitié du XVII siècle*, París, 1943; reed. Ginebra-París, 1983. Aparte de esta obra sobre el libertinismo erudito y sobre el pensamiento de Gabriel Naudé Vid. J. V. Rice, *Gabriel Naudé 1600-1653*, Baltimore, 1939; D. E. Curtis, *Progress and eternal recurrence in the work of Gabriel Naudé*, Universidad de Hull, 1967; L. Bianchi, *Tradizione libertina e critica storica. Da Naudé a Bayle*, Milán, 1988; *Rinascimento e libertinismo. Studi su Gabriel Naudé*, Nápoles, 1996; A. Piazzzi, «Introduzione» en G. Naudi, *Considerazione politiche sui colpi di stato*, trad. y notas a cargo de A. Piazzzi, Milán, 1992; Y. Ch. Zarka, «Raison d'État, maximes d'État et Coups d'État chez Gabriel Naudé», en Y. Ch. Zarka (dir.), *Raison et déraison d'État*, París, 1994; R. Damien, *Bibliothèque et État. Naissance d'une raison politique dans la France du XVIIe. siècle*, París, 1995; V.V.A.A., *Libertinage et philosophie au XVIIe. siècle*, n° 2, Publications de l'Université de Saint-Étienne, 1997; V.V.A.A., *Gabriel Naudé: La politique et les mythes de l'histoire de France*; Corpus, revue de philosophie, n° 35 (1999); C. Gómez, «Saber y poder político en Gabriel Naudé», en prensa.

² Fundamentalmente en la tradición historiográfica italiana desde Eugenio Garin hasta autores como Tullio Gregory, Guido Canziani o Lorenzo Bianchi, entre otros.

³ Juicio que comparte con René Pintard una buena parte de la historiografía francesa de los años cuarenta: Robert Lenoble, Lucien Febvre o Paul Hazard, por entender que el pensamiento moderno se vertebraba exclusivamente a partir del cartesianismo y la nueva ciencia.

moderno, pues parece rechazarse la identificación *tout court* entre el pensamiento moderno y el cartesianismo y la nueva ciencia del siglo XVII.

Con esto el libertinismo adquiere un valor muy distinto y una clara relevancia para el examen de la modernidad. En efecto, su contribución al proceso de desacralización y de revisión de importantes conceptos heredados de la tradición, lo sitúan, junto a otras instancias y factores, como uno de los agentes causales que revolucionaron las ideas en el siglo XVII.

Obviamente, aunque la valoración de la obra y el pensamiento de Gabriel Naudé en buena medida ha ido variando al albur de estas tendencias historiográficas, cada vez más se aprecia su contribución a la renovación de las ideas políticas de su siglo, su intensa labor de promoción de la institución bibliotecaria pública y ya no sólo su labor crítica y erudita de la historiografía.

En el presente estudio intentaremos atender a los dos primeros aspectos, así como a la raíz filosófica en la que se inspiran tanto su teoría política como su planteamiento biblioteconómico.

I

El estatus epistemológico de la historia era uno de los temas centrales de la crítica erudita de las primeras décadas del siglo XVII. Autores como La Mothe le Vayer, Charles Sorel o el propio Naudé tratan la cuestión desde una óptica escéptica y relativista muy alejada de toda concepción teocrática del poder. Sin embargo, la obra política del erudito parisino lo sitúa en una posición singular dentro del marco del libertinismo erudito. Toda su producción política, y muy especialmente las *Consideraciones políticas sobre los golpes de estado*⁴ de 1639, deja al descubierto su tentativa de construir una hermenéutica basada en el examen de la historia donde, más que una teoría política al uso, se pretende descubrir un conjunto de reglas de la eficacia política, una normativa práctica del ejercicio del poder. Con ello, Naudé deja constancia de dos hechos: por una parte, su preocupación por la conservación del cuerpo político como objetivo de la acción política y, por otro lado, un perfecto acoplamiento teórico con el nuevo Estado moderno del siglo XVII.

Tal planteamiento se entenderá mejor si es examinado a la luz del marco histórico francés, agitado en su pasado más reciente por cruentas guerras civiles motivadas por los enconados enfrentamientos religiosos entre católicos y calvinistas. En efecto, si nos remontamos a 1559 con la muerte de Enrique II y el subsiguiente vacío de poder que ésta produjo, asistiremos al inicio de una profunda crisis que se prolongaría durante cuatro décadas. La dinastía de los Guisa y la de los Borbones se disputaban el poder en una corte débil durante los reinados de Francisco II, Carlos IX y la regencia de

⁴ *Considérations politiques sur les coups d'État*, Roma, 1639, traducción española, estudio preliminar y notas a cargo de Carlos Gómez, Madrid, Ed. Tecnos, 1998.

Catalina de Médicis. Los Guisa se pusieron al frente del partido católico y defendieron una política filoespañola; los Borbones apoyaron a los hugonotes, dirigidos por Coligny. Frente a ambos partidos se fue abriendo paso una tercera vía, que con el tiempo fructificaría en el partido de *les politiques* y que abogaba por una acción política basada en la tolerancia. En este marco de confrontación, de intrigas, de polarización irreconciliable de las facciones, el poder monárquico se descomponía y era incapaz de mantener el equilibrio anhelado.

Entre 1560 y 1568 el canciller Miguel de L'Hôpital intenta hacer efectiva esa política de conciliación, proclamando en los Estados Generales de 1560 un programa de supeditación de la confesión religiosa al interés nacional francés y del interés religioso sectario al universal del cristianismo: «Omitamos estas palabras diabólicas, nombres de partido, facción, sedición, luteranos, hugonotes, papistas: quedémonos con el de cristianos»⁵. Pero sus intentos (Coloquio de Poissy de 1562, Edicto de pacificación de Amboise de 1563) no alcanzaron la finalidad proyectada. En 1562 estalló la guerra civil y Francia vivió el resto del siglo XVI zarandeada por sanguinarias guerras de religión, prolongadas hasta el año 1598 en que se promulgó el Edicto de Nantes por el rey Enrique IV. Pero antes de esto hubo un momento en que la situación parecía mejorar para el partido protestante y fue con ocasión del matrimonio entre Margarita de Valois y Enrique de Navarra (futuro Enrique IV); sin embargo, la matanza de la noche de San Bartolomé de 1572, urdida por Catalina de Médicis y su hijo, el duque de Anjou (Enrique III), recrudeció el conflicto, pues los protestantes, víctimas de la masacre, entendieron que la monarquía no podría ser ya un marco político capaz de acoger a la iglesia reformada.

Y en 1576 si los protestantes, organizados militarmente en la *Unión calvinista*, aceptaron a Enrique de Navarra como protector de «las Iglesias protestantes y católicas asociadas» y ello fructificó en el Edicto de Beaulieu, tolerante con su confesión, los católicos más radicales se organizaron en *La Liga* y se unieron al nuevo rey Enrique III. No es este lugar siquiera para resumir las intrigas y episodios cruentos que se siguieron aún como consecuencia de la querrela religiosa entre calvinistas y católicos integristas. Digamos, sin embargo, que entre los dos partidos enfrentados se abrió de nuevo camino la tercera vía que abogaba por una solución conciliadora, formándose el partido de *les politiques*, que al margen de sus diferencias internas (De L'Hôpital, De Belloy, Pasquier, Haillan, son algunos de sus representantes) coincidían en la necesidad de fortalecer la institución monárquica, devolviéndole un poder capaz de arbitrar satisfactoriamente las diferencias confesionales y de partido en el seno de la nación francesa. Este ideal político, de marcado cariz monárquico y absolutista quedó recogido y teorizado en la *República* de Bodino de 1576 y, con algunas diferencias, también en las *Consideraciones políticas sobre los golpes de estado* de Gabriel

⁵ Palabras pronunciadas por Miguel De L'Hôpital en los Estados Generales de 1560 (recogido en la Introducción de P. Bravo a Bodino, *Los seis libros de la república*, Barcelona 1985, p. 13).

Naudé algunas décadas después. Los acontecimientos finales hasta llegar al Edicto de Nantes de 1598 fueron también dramáticos: el largo asedio a la ciudad de París, que no aceptaba a Enrique IV en el trono, la conversión de éste al catolicismo y su trágica muerte no son más que algunos de los episodios examinados en la obra de Naudé. Cronológicamente desembocan sin embargo en un fortalecimiento de la monarquía: la regencia de María de Médicis y, sobre todo, la política llevada a cabo por el cardenal Richelieu supusieron ya definitivamente el fin de una época en la que la política se subordinaba a valores religiosos superiores.

A la luz de todo ello, en nuestro autor la práctica política debía evitar la lacra de la guerra intestina, que era síntoma inequívoco de la descomposición social y de la desintegración del Estado. Ningún marco político resultaba más propicio para una praxis política eficaz que el absolutismo monárquico. En efecto, a juicio de Naudé sólo esta forma de gobierno era capaz de aportar mecanismos de cohesión eficaces para aglutinar el conjunto social entero, superando particularidades de índole religiosa o política. En consecuencia, la nación francesa constituía también el elemento aglutinador y la unidad política común para las diferentes confesiones religiosas y las distintas facciones políticas, dejando atrás otras formas de cohesión y de intervención política.

Ahora bien, en la formación de la teoría política naudeana no sólo juega un papel relevante la vivencia y el examen de la historia reciente por parte del propio Naudé, sino que obedece a planteamientos filosóficos de fondo. Por tanto, difícilmente podríamos comprender el programa político naudeano sin atender a la influencia de Maquiavelo en aspectos tan importantes como la escisión entre moral y política o el uso de la religión como «*instrumentum regni*», sin atender a la influencia de Lipsio en importantes motivos de raigambre estoica presentes también en su programa político, como la necesidad del saber en la conducción y dominio del propio sujeto, o de Bodino en la defensa del absolutismo monárquico y, sobre todo, sin la consideración de la presencia en su obra del escepticismo francés renacido en el siglo XVI y del naturalismo renacentista italiano. Como dice el propio Naudé:

«Séneca me ha resultado más útil que Aristóteles, Plutarco más que Platón, Juvenal y Horacio más que Homero y Virgilio; Montaigne y Charron más que todos los precedentes»⁶.

Si el escepticismo, especialmente en la versión de Montaigne y Charron, es muy activo en su crítica historiográfica, el naturalismo recorre la obra política entera de Naudé:

«esta gran esfera del universo, tras haber iniciado su ronda, no ha cesado un instante de arrastrar y hacer rodar consigo a las monarquías, las religiones, las sectas, las ciudades, los hombres, animales, árboles, piedras y, de modo general, cuanto se halla contenido y encerrado en el interior de esta gran máquina»⁷.

⁶ G. Naudé, *Consideraciones políticas*, ed. cit., pp. 33-34.

⁷ G. Naudé, *Consideraciones políticas*, ed. cit., p. 160.

Así reza un conocido pasaje de las *Consideraciones políticas sobre los golpes de Estado*. Con ello nuestro autor deja constancia de su concepción de la naturaleza y del colectivo humano en tanto entidades radicalmente autónomas y libres de toda vinculación providencialista con la divinidad. Recordemos antes de proseguir que Naudé había recibido formación médica y filosófica en la aristotélica universidad de Padua junto a Cremonini y que los maestros paduanos, desde planteamientos averroístas y alejandristas, efectuaban una exégesis de Aristóteles muy distinta a la marcada por la línea tomista y escolástica, es decir, subrayaban precisamente la dimensión autónoma e inmanente de la naturaleza y del hombre, devaluando en consecuencia la orientación trascendente de la vida humana. Con tales premisas, la religión pasa a ser un producto histórico, una convención de las sociedades humanas y, por tanto, un producto cultural sometido a las mismas leyes del cambio y el desgaste que afectan a cualquier otra entidad natural o humana. Las sociedades y los reinos, como también veíamos, no son ajenas ni pueden quedar fuera de esta ley general: son entidades autónomas, cuya conservación dependerá de la prudencia de sus regentes y políticos. La política deviene así una disciplina igualmente autónoma que no tiene más misión que la de conservar o, mejor dicho, ralentizar al máximo la descomposición del cuerpo político. Ahora bien, el arte de la política, esto es, la prudencia del príncipe, requiere no solamente de un conocimiento filosófico acerca del hombre, de su naturaleza y conducta en sociedad, conocimiento que se adquiere en el imprescindible examen de la historia, sino de un dominio de las reglas de control social y del ejercicio del poder. En lo que al poder respecta, como no responde ya a un destino providencial ni es de origen divino, deberá entenderse como una suerte de tecnología operativa que la nueva ciencia política debe objetivar y sistematizar con intención de conseguir una aplicación eficaz y dúctil del mismo y capaz asimismo de ofrecer una respuesta adecuada a las diferentes situaciones y coyunturas:

«Al conocimiento de los hombres debe seguir el conocimiento de los reinos y de la forma en que se gobiernan todos los estados (...). Y dado que tal conocimiento depende en parte de los historiadores y en parte de los autores políticos, deberá constituir el tercer capítulo de las asistencias universalmente necesarias para quienes quieren llegar a ser sabios en el manejo de los asuntos de estado»⁸.

II

La obra política de Gabriel Naudé, desde su juvenil *Le Marfore* de 1620 hasta *Le Mascurat* de 1649, presenta unas constantes teóricas que, parcialmente, hemos tenido ya ocasión de señalar. En efecto, las obras mencionadas, pero también la *Addition à l'histoire de Louis XI, contenant plusieurs recherches curieuses sur diverses matières* (París, 1630), la *Bibliographia politica*

⁸ G. Naudé, *Bibliographie politique*, Ed. París, 1641, pp. 143-144.

(Venecia, 1633) y las *Consideraciones políticas sobre los golpes de Estado* (Roma, 1639), efectúan una encendida defensa del absolutismo monárquico como único sistema de organización política capaz de mantener el Estado cohesionado y libre de convulsiones, permitiendo por tanto su conservación y el objetivo supremo de la *pax* para sus miembros. Sistema político que, además, no debe ser visto en nuestro autor como mera construcción teórica, sino como una respuesta práctica y eficaz ante los retos de los nuevos tiempos. No debe extrañarnos, pues, el juicio laudatorio de Naudé hacia la política practicada por el cardenal Richelieu, en quien veía una encarnación de su ideal político, por anteponer los intereses de la nación francesa a otros intereses de valor relativo, como podrían ser los de índole confesional o de sectarismo político.

Pero el *Corpus político* naudeano presenta además otras constantes que podemos ahora adelantar: defensa de la *razón de Estado* como horizonte máximo y objetivo supremo al que ha de tender el ejercicio del poder del príncipe; una evaluación despectiva de las masas populares, en tanto incapacitadas para el ejercicio político, aunque con el suficiente peso para crear turbulencias políticas que, de no ser convenientemente controladas, podrían comprometer la estabilidad del Estado; y, en suma, una concepción del poder que no podía disociarse del saber, pero eso sí, de un saber nuevo, concededor de la lección de la historia, de las técnicas del control social y del ejercicio de la fuerza, e independiente de aquellos valores de la metafísica y teología que habían dado soporte a la filosofía política durante tantos siglos.

Tanto en la *Bibliographia politica* como en las *Consideraciones políticas* se efectúa un cuidadoso análisis de estas nuevas técnicas de la acción política, tan importantes en la formación del príncipe y sus consejeros, si bien es en la segunda de estas obras donde el erudito parisino efectúa una tentativa de sistematización y de objetivación de las mismas.

La obra fue publicada en Roma en 1639, con una tirada de doce ejemplares⁹, lo cual indica con bastante claridad que no estaba destinada a un público amplio, debido a la problematicidad de algunas de sus ideas y planteamientos:

«Este libro —dice Naudé— no ha sido compuesto para complacer a todo el mundo; si el autor hubiera tenido esa intención no lo habría escrito al estilo de Montaigne y de Charron... (...). Sé perfectamente que tal número [de copias] es demasiado pequeño para que este libro alcance la notoriedad de *Le Prince* de Balzac y *Le Ministre* de Silhon. Pero como los temas que trata son mucho más importantes, será forzoso que no sean tan comunes»¹⁰.

⁹ La obra conoció sucesivas ediciones: Amsterdam, 1667; París, 1679; París, 1712; en 1673 apareció una edición (s.l.) con el siguiente título *Science des princes, ou considerations politiques sur les coups d'État, avec les reflexions historique, morales, chrétiennes et politiques de L.D.M.C.S.D.S.E.M.*; con el mismo título apareció una segunda edición en 1752; la última edición francesa ha corrido a cargo de L. Marin, París, 1988; existen traducciones al alemán, inglés, italiano y español (Vid. trad. española, ed. cit., Estudio Preliminar, nota 29, p. XXVII).

¹⁰ G. Naudé, *Consideraciones políticas*, prefacio, s.p., ed. cit., p. 3.

Señalemos primeramente que el concepto de *golpe de Estado* no posee la misma significación que hoy le damos. Naudé define los golpes de Estado como «acciones audaces y extraordinarias que los príncipes se ven obligados a ejecutar en el acometimiento de las empresas difíciles y rayanas en la desesperación, contra el derecho común y sin guardar ningún orden ni forma de justicia, arriesgando el interés de los particulares por el bien general»¹¹. Con ello, el secretario del cardenal Di Bagni sitúa en el centro de la acción política la capacidad de intervención del príncipe en ocasiones excepcionales, es decir, en aquellas situaciones en que, frente al curso ordinario de los acontecimientos, se juega la seguridad o incluso la pervivencia del Estado. En las *Consideraciones políticas* se dedican no pocas páginas a la sistematización de las ocasiones en que el golpe de Estado se hace necesario, así como al modo en que éste debe urdirse y llevarse a la práctica, sin que, por otra parte, falte tampoco una tentativa de justificación de este tipo de procedimientos, en unos términos distintos a los que habían establecido Bodino, Botero, Clapmario o Charron en sus obras de contenido político. Es cierto que ya Lipsio en sus *Políticas*¹² o Charron en *De la Sagesse*¹³ legitimaban ciertos procedimientos de intervención política que escapaban a la justicia ordinaria si se aplicaban con las miras puestas en la salvaguarda del Estado. Sin embargo, el planteamiento de Naudé difiere sustancialmente del de estos autores. A su modo de ver, la soberanía queda fuera del ámbito jurídico, lo rebasa y puede moldearlo en función de su propia necesidad de conservación del cuerpo político:

«[los príncipes] poseen la potestad de ensanchar o recortar las leyes, de confirmarlas o abolirlas, pero no en virtud de lo que mejor les parezca, sino en función de lo que la razón y la utilidad pública les permitan»¹⁴.

Con su teoría del golpe de Estado Naudé se alinea con el uso que ya los «canonistas» y «escotistas» (desde el siglo XIII) habían efectuado de la distinción entre *Potentia absoluta* y *ordinata* en el ámbito jurídico-político. En efecto, la *potentia ordinata* se correspondería en la fórmula canonista y naudeana con el uso ordinario del poder y, por tanto, conforme al derecho, mientras que la *potentia absoluta* es la que el príncipe sólo puede aplicar al ejercer el poder en casos excepcionales. Ambas conformarían, sin embargo, el poder único del soberano, y ambas serán, por tanto, perfectamente legítimas cuando se aplican convenientemente. Desde esta perspectiva, el golpe de Estado no sería más que el uso extraordinario del poder (por *potentia absoluta*) por parte del príncipe, frente al uso ordinario que requiere la

¹¹ G. Naudé, *Consideraciones políticas*, ed. cit., p. 82.

¹² J. Lipsio, *Politicorum sive civilis doctrina libri sex, qui ad principatum maxime spectant*, Leiden, 1589, trad. de Bernardino de Mendoza, Madrid, 1604, ed. reciente en Ed. Tecnos, con un Estudio Preliminar y notas a cargo de J. Peña y M. Santos, Madrid, 1997.

¹³ Charron, *De la Sagesse*, Burdeos, 1601; reed. Corpus des Oeuvres de Philosophie en langue française, Fayard, París, 1986.

¹⁴ G. Naudé, *Consideraciones políticas*, ed. cit., p. 99.

gestión de los asuntos comunes¹⁵. Desde esta óptica, tampoco resulta pertinente distinguir moral ordinaria de moral extraordinaria como hace Charron¹⁶: una sola y única moral abraza también la acción del príncipe que actúa expeditivamente ante la excepcionalidad de diferentes coyunturas si esto se hace con las miras puestas en el bien superior de la salud del Estado. Si en nuestro autor acción eficaz es sinónimo de acción buena, la razón de Estado es menos la excusa de ciertas inmoralidades que un elemento moralizador *per se*. Obviamente, la comprensión de tal planteamiento exige un análisis histórico atento no sólo a la simple factualidad de los acontecimientos, sino a la intencionalidad oculta o al programa político que los ha impulsado. Resulta muy significativa a este respecto la relectura naudeana de muchos hechos del pasado, juzgados defectuosamente por la historia y que en las páginas de las *Consideraciones políticas* adquieren un signo muy distinto. Valgan como ejemplo estas palabras de Naudé acerca de la masacre de la noche de San Bartolomé de 1572:

«nada habré de temer, pues, si afirmo que esa acción fue muy justa y muy notable, causada por motivos más que legítimos y de los que hubieran derivado consecuencias verdaderamente peligrosas y fuera de lo común»¹⁷.

No hay, pues, transgresión de la ley moral cuando la excepcionalidad de las circunstancias obliga a una vulneración de la ley ordinaria; sólo una visión parcial y descarnada de la intervención del príncipe podría hacerla aparecer como tal transgresión; por el contrario, el análisis completo y contextualizado de sus empresas transmutaría en prudencia política lo que a ojos del vulgo sería una violación de la ley. Otro tanto sucede en el examen historiográfico de la conversión de Clodoveo al cristianismo, que no se produjo ciertamente por inspiración divina, sino en virtud de una estrategia política de primer orden que no pretendía otra cosa que la unificación de Francia y sobre la que Naudé emitirá un dictamen también laudatorio¹⁸.

La ciencia de los golpes de Estado es complementada en la teoría política de nuestro autor con otros elementos también fundamentales: el secreto y su administración como componente clave de la eficacia política en el control de las masas populares y en el ejercicio del poder en general; la generación y uso instrumental de simbología y de mitos, de entre los que la religión ocupará un lugar de privilegio:

«si consideramos cuáles han sido los comienzos de todas las monarquías, siempre hallaremos su comienzo en ciertas invenciones y supercherías, de entre las que la religión y los milagros deben situarse a la cabeza de una larga cadena de barbaries y crueldades»¹⁹.

¹⁵ Sobre esta temática remitimos a F. Oakley, «Jacobean Political Theology: The Absolute and Ordinary Power of the King», *Journal of the History of Ideas* 29, (1968), 323-346.

¹⁶ Cfr. Charron, *La Sagesse*, ed. cit., p. 555.

¹⁷ G. Naudé, *Consideraciones políticas*, ed. cit., p. 129.

¹⁸ Vid. G. Naudé, *Consideraciones políticas*, ed. cit., pp. 115 ss.

¹⁹ G. Naudé, *Consideraciones políticas*, ed. cit., pp. 105-106.

Como la prudencia política consiste precisamente en el uso eficaz de tales instrumentos, en una armonización de los mismos capaz de facilitar el cumplimiento de los objetivos políticos, el príncipe se cuidará mucho de mantener viva la religión en el Estado, pues resulta un elemento pedagógico y cohesionador de las masas populares; un arma efficacísima en manos de un príncipe sabio, como tantas veces podremos leer en la historia si hacia ella enviamos una mirada aguda y penetrante:

«como han comprendido perfectamente los legisladores, no hay medio más poderoso para dominar el espíritu de los pueblos que la religión, cuando se ha de emprender cualquier empresa, lleva al extremo cuanto se ha de hacer...»²⁰.

La importancia de mantener en secreto ciertos resortes y la finalidad última de la acción política, la necesidad de dominar al pueblo por medio de mitos y de responder a las inevitables situaciones de excepcionalidad mediante la ejecución de golpes de Estado, ponen de manifiesto el carácter elitista que Naudé otorga a la ciencia política: sólo a una minoría le es dado dominar la ciencia y el arte de la política, pues como, por otra parte, la acción política es la capacidad de dominio por parte de una minoría de la enorme fuerza latente en la actividad de las mayorías, la ciencia y la sabiduría vulgares carecen de penetración para la verdadera causalidad histórica y son ciegas ante la lógica política. Constatamos nuevamente que acción y saber, eficacia política y dominio de la verdadera ciencia del estado deben ir de la mano: en efecto, no habrá política eficaz sin una sabiduría sólida y liberada de los mitos, supersticiones y falacias admitidas por el común de los humanos:

«Si un ministro posee un espíritu lo suficientemente mediocre como para envilecerlo y someterlo a la creencia de cuentos, imposturas, falsos milagros, embustes, y a las charlatanerías que de ordinario circulan, no podrá ofrecer una gran esperanza de resolver con acierto muchos asuntos políticos, en los que es menester saltar con gallardía por encima de todas estas locuras. Los ardides de Estado, los artificios de los cortesanos, los amaños y maquinaciones de algunos políticos resabiados, engañan fácilmente a un hombre sumido en devociones desmedidas y supersticiosas»²¹.

Por tanto, si los nuevos tiempos requieren una nueva política, un Estado moderno capaz de acabar con guerras civiles y de religión y de conjurar los peligros de desintegración que en el segundo cuarto del siglo XVII todavía acechaban, tal cosa sólo se podrá alcanzar con el concurso de una ciencia política renovada, de una nueva biblioteca y una nueva organización del saber, capaces no sólo de ofrecer una visión cabal del colectivo humano, sino de orientar eficazmente su acción. Tan importante como la reforma política será para el erudito parisino la construcción de una nueva hermenéutica histórica, de una nueva historiografía que rompa con la inservible tradición escolástica, así como con algunas de las infundadas exageraciones herméti-

²⁰ G. Naudé, *Consideraciones políticas*, ed. cit., p. 177.

²¹ G. Naudé, *Consideraciones políticas*, ed. cit., p. 227.

cas del Renacimiento. René Pintard en la citada obra *Le libertinage érudit* se refiere muy pertinentemente a esta actitud de Naudé bajo el término de *racionalismo crítico*, queriendo expresar con ello su cautela y rigor extremos en el ejercicio de su crítica historiográfica. De ello trataremos a continuación, y más concretamente de la reflexión naudeana acerca de la historiografía, la organización del saber y la biblioteca, así como la ligazón que todo ello mantiene con la acción política.

III

Indudablemente, Gabriel Naudé era consciente de asistir al nacimiento de una nueva era en la que la teocracia y los valores de la teología se revelaban ya no ineficaces, sino perniciosos para la organización y conservación de los Estados. A su juicio, y como apuntábamos con anterioridad, era preciso también reorganizar el saber para constituir un nuevo consejo político capaz de generar una acción política eficaz. Para ello debía quedar ya exento de las máximas morales y teológicas que comparecían fielmente en los espejos de príncipes que desde Séneca a Erasmo habían estado tan en boga en el escenario de la filosofía política.

Era preciso antes de nada acceder a la verdad filosófica, pues de ella conocerá el príncipe el valor puramente convencional de toda sociedad, su desvinculación de todo finalismo y de la Providencia; conocerá también de la filosofía la dimensión exclusivamente histórica de las religiones y la naturaleza de los hombres. Sólo así comprenderá el carácter autónomo de la ciencia política, por más que entienda la necesidad de conservar la religión entre el pueblo, por ser ésta un «*instrumentum regni*» eficazísimo en el sentido ya expuesto por Maquiavelo el siglo anterior. Creemos que bastaría con este esbozo programático para comprender que nos encontramos ante un autor de clara filiación naturalista, antiteológica y libertina, rasgos que efectivamente transparecen en el conjunto de su obra desde su temprana formación filosófica y médica en la universidad de Padua.

En segundo lugar, el consejero político y la élite intelectual en general, deberá apropiarse de un método crítico para enfrentarse a las fuentes y de una aguda capacidad de análisis de los hechos, con el fin de liberarse de las falsificaciones, creencias infundadas, fábulas y mitos del pasado. Esta es la intención que alentó la redacción de dos de sus obras que, además, gozaron de gran fortuna editorial: *Instruction à la France sur la vérité de l'histoire des frères de la Rose-Croix* y *Apologie pour tous les grands personnages qui ont été faussement soupçonnés de Magie*²². En la primera se desautorizaba

²² Fundamentalmente la *Apologie pour tous les grands personnages qui ont été faussement soupçonnés de Magie*, que fue la obra de Naudé que obtuvo una mayor fortuna editorial; a la primera edición (París, 1625) siguieron muchas otras (La Haya, 1653; París, 1669; La Haya, 1679; Amsterdam, 1712; en 1657 fue traducida al inglés y editada en Londres. En 1671 fue

el movimiento rosacruz, así como su soporte teórico de corte hermético, por carecer del menor atisbo de racionalidad y de rigor. La *Apologie* pretende dejar sin autoridad a los seguidores de la magia, que se habían apropiado de la autoridad de Demócrito o Pitágoras a costa de una deficiente lectura y una interpretación sesgada de sus obras. Naudé reivindica, en cambio, la necesidad de un método capaz de superar la incertidumbre del orden factual, un método extremadamente cauteloso respecto a los prejuicios y creencias de la tradición, que se caracterice por la exhaustividad en el relato de los hechos, la precisión descriptiva, y en fin, la renuncia a establecer relaciones causales no empíricas y finalismos de corte teológico o metafísico.

Llegados a este punto, debemos aclarar sin embargo que el racionalismo crítico con el que Gabriel Naudé presenta su metodología historiográfica y que tendrá su correlato en un buen consejo político, difiere considerablemente del racionalismo clásico del siglo XVII. Se trata de un racionalismo, el de nuestro autor, que no aspira a una verdad epistémica como en el caso de Descartes y que, cuando pretende «someter todo al nivel de la razón»²³, en realidad está arremetiendo contra la ya gastada dialéctica silogística o contra la aceptación del «consensus gentium» como prueba, contra el servilismo de escuela y contra la aceptación acrítica del criterio de autoridad, para buscar explicaciones aproximadas, con clara vocación pragmática, consecuentes con una naturaleza humana separada de toda referencia providencialista. El saber y la nueva biblioteca deberán por tanto proporcionar al hombre moderno, al *esprit fort*, una educación y una condición de espíritu que le permitan asumir con plena autonomía moral el gobierno de la propia vida, pero además la adecuada capacidad hermenéutica para apropiarse de la cultura sin las falsificaciones propias del dogmatismo.

En tal sentido, la biblioteca jugará un papel decisivo²⁴. Como ya señala en su obra de 1627 *Advis pour dresser une bibliothèque* la nueva organización del saber no puede prescindir en sus elencos bibliográficos de obras disidentes con la línea marcada por la tradición teológica o filosófica²⁵. De hecho, la importante labor llevada a cabo por Naudé como bibliotecario del señor de Mesmes, de Richelieu y de Mazarino pone de manifiesto su exacta observancia de esta máxima, pues en estas bibliotecas no faltaban muchos de los proscritos libros de Pomponazzi, Cardano, Bruno, Kepler, Copérnico, etc., entre sus numerosos volúmenes.

Se preferirán las fuentes y las ediciones en lengua original frente a las *Summae*, Comentarios y Manuales de escuela tan en boga en las universidades y centros oficiales durante los siglos de predominio escolástico.

replicada por Jacques D'Autun con *L'incrédulité sçavante, et la crédulité ignorante: au sujet des magiciens et des sorciers. Avec la Reponse à un livre intitulé Apologie..* [Lyon, 1671]; existe una reproducción anastática de la primera edición [Gregg Int., 1972]).

²³ Naudé, *Instruction*, p. 65.

²⁴ Sobre esta temática remitimos a la obra de Robert Damien, *Bibliothèque et État*, París, 1995.

²⁵ Cfr. *Advis*, p. 88.

Se dispondrá de tratados de todas las ciencias para aportar un valor de completud y una dimensión enciclopédica a la biblioteca. No faltarán tampoco, añade Naudé, versiones contrapuestas acerca de cada uno de los temas contenidos en la institución bibliotecaria. Refutaciones, innovaciones y textos de contenido herético enriquecerán asimismo el conjunto.

Sólo una biblioteca con vocación enciclopédica podrá proponer el acervo de conocimientos y la diversidad de enfoques suficiente para poner al lector a salvo contra aquellos defectos de epistemología combatidos por Naudé, el sectarismo, la esclavitud de escuela y el dogmatismo. Ahora bien, este conjunto debe organizarse con un orden eficaz; la biblioteconomía debe atenderse escrupulosamente si se quiere convertir la biblioteca en una especie de universo del saber, practicable y susceptible de generar un conocimiento útil. Aunque el *Advis* naudenano no es ciertamente un tratado de biblioteconomía, ofrece sin embargo un esbozo de la clasificación propuesta por su autor que aún hoy puede consultarse en los antiguos catálogos de la biblioteca *Mazarine*²⁶.

Finalmente, Naudé propone una última máxima en el uso u organización de toda biblioteca, la de quedar abierta al público culto, sin restricción ni censura:

«Por tal razón os diré, Señor, con la misma libertad que apego tengo hacia vuestro servicio, que en vano alguien intentaría llevar a la práctica ninguno de los medios antes mencionados, o en vano haría un notable dispendio en libros, si no tiene intención de dedicarlos y consagrarlos a un uso público...»²⁷.

La propuesta de Naudé apunta hacia una nueva universalidad del saber humano. Ajeno a toda referencia o remisión a un *cosmos noetós* trascendente, aspira a proporcionar una conducción moralmente autónoma del sujeto y, en el ámbito de la ciencia política, la capacidad de una acción eficaz, convirtiéndose asimismo en un paradigma epistemológico nuevo. De modo que si difiere del saber epistémico de la escolástica, que aspiraba a un conocimiento *per causas* y a una aprehensión de esencias inmutables, difiere también del método cartesiano y del racionalismo clásico. Naudé en cambio participa en mayor medida de la tradición baconiana consistente en un empirismo que buscaba explicaciones aproximadas y con capacidad regulativa sobre la acción. En consecuencia, desconfiando de todo dogmatismo y de posiciones neoplatónicas, postula una lectura crítica y dialógica de toda autoridad, un análisis extremadamente cauteloso de los hechos históricos, que busca descubrir las invariantes que permanecen en la incesante mutación de los ciclos históricos. Este planteamiento puede entenderse como la respuesta específica de nuestro autor a una preocupación ya expresada y que compartía con otros *políticos* de la época: la de estrechar el vínculo entre un saber liberado

²⁶ Vid. una copia del catálogo en L. Bianchi, *Rinascimento e libertinismo. Studio su Gabriel Naudé*, Nápoles, 1996, pp. 275 ss.

²⁷ G. Naudé, *Advis*, París, 1627, p. 152.

de los errores del dogmatismo, fundador de una moral secular y de una civilidad laica y la acción política en un Estado nuevo, desprovisto ya de tuteladas señoriales y eclesiásticas. Saber y poder muestran un carácter convencional y frágil. El cosmos histórico y su conservación es, en efecto, el objeto de la nueva ciencia política, pero sus máximas se inspiran no sólo en el necesario conocimiento filosófico e histórico, sino en la puntual y adecuada búsqueda de soluciones para cada momento que la capacidad de análisis y la *preud'homme*²⁸ proponían al *esprit fort*:

«Todas estas máximas quedarían, sin embargo, desvaídas y apagadas si no fueran realizadas y, de algún modo, reavivadas por otra que nos enseña a tomarlas del modo más conveniente y a elegir la hora y el momento favorable para llevarlas a la práctica...»²⁹.

Llegados a este punto, esperamos haber mostrado que en el análisis de la contribución de Gabriel Naudé a la teorización de la razón de Estado en la edad del Barroco, en el examen de su metodología política al servicio de la conservación del Estado, incluso en la evaluación de su alineación con el absolutismo como modelo capaz de superar las concepciones feudales de épocas ya pasadas, no podrá olvidarse ni su concepción filosófica naturalista y escéptica ni su tentativa de reforma epistemológica y hermenéutica, de la que la biblioteconomía en absoluto podrá quedar desgajada.

²⁸ Término que es definido como «la recta y firme disposición de la voluntad a seguir la razón» por Tullio Gregory (Vid. *Etica e religione nelle critica libertina*, Nápoles, 1986, p. 104).

²⁹ G. Naudé, *Consideraciones políticas*, ed. cit., p. 198.